

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

URSS: la privatización

El esfuerzo que hizo la Unión Soviética para no quedar en inferioridad frente a Estados Unidos en material bélico eficaz, sofisticado y moderno, hizo que la URSS gastase un enorme porcentaje de su presupuesto en este sector y durante muchos años.

Últimamente, en la Unión Soviética se habían ya exprimido al máximo las fuentes de ingresos que podían financiar el gran coste de la industria de guerra, sacrificando para ello el mercado interior y la producción de bienes de consumo, de una forma drástica, casi brutal, con lo cual creció el descontento de la mayoría de los ciudadanos. Pero si ni aun así se conseguía dotar a la industria de guerra de una mayor participación en dinero, para seguir el constante aumento de sus gastos, se podían tomar dos determinaciones: una, llegar a un acuerdo de desarme con Estados Unidos; otra, cambiar el capitalismo de Estado por una economía de libre mercado. Y ambas cosas las emprendió Gorbachev, con bastante tiento para no asustar ni al ejército ni a la "nomenklatura".

Para cambiar el capitalismo de Estado por una economía de libre mercado el principal escollo era, y es todavía, el Ejército Rojo, que si bien aceptaba el fin de la llamada guerra fría y la retirada de sus tropas de los países del Este, no quería ser un ejército indefenso; pasar de una situación de tipo ofensivo y disuasorio era una cosa, y otra era no tener fuerzas ni armamento para responder a una posible agresión o un intento de romper la unidad del país.

Algunos ejércitos del mundo son mucho más exigentes en cuestiones de fuerza, de seguridad internacional y, sobre todo, de mantener la unidad del país, que en cuestiones ideológicas, cambios y giros en un sistema económico, siempre que no impliquen debilitar su estructura bélica. Los militares saben perfectamente que cualquier variación que signifique un impulso ascendente de la economía fortalece también al ejército, asegurando su operatividad.

Es muy lógico que el gobierno y el ejército estén de acuerdo en que hay cosas que no se pueden privatizar, como son los ferrocarriles, las líneas aéreas, la industria de guerra o la tecnología aeroespacial, por poner algunos ejemplos, pues son sectores altamente estratégicos.

Los ciudadanos soviéticos saben ahora que el Estado puede vender, e incluso en ciertos sectores casi regalar, una enorme cantidad de bienes. ¿Pero a cuántas y a cuáles personas o sociedades se pueden vender o donar? En el caso de una industria, ¿sólo pueden adquirirla los que trabajan

en ella? ¿O se pondrán a la venta unas acciones que muchos trabajadores no tendrán dinero para adquirirlas?

Surgen y surgirán continuos problemas, y habrá muchas discusiones y también muchos descontentos. Además se crearán nuevas empresas,



JAVIER AGUILAR

LOS CIUDADANOS
soviéticos saben ahora que el
Estado puede vender, e incluso
en ciertos sectores casi regalar,
una enorme cantidad de bienes

más modernas y mejor equipadas, y los trabajadores que ya sean socios de empresas del mismo tipo, pero más antiguas, no podrán competir con ellas.

Otra cuestión difícil de resolver, puesto que puede ser un semillero de injusticias, sería privatizar solamente las empresas rentables o las mejores tierras, y dejar al Estado las fábricas obsoletas y las zonas agrícolas de escaso rendimiento, como se hizo en España en tiempos del franquismo, que solamente pasaban al Instituto Nacional de Industria, empresa estatal, las fábricas y explotaciones que no producían beneficios.

Este paso a la privatización está lleno de esco-

llos, nada fáciles de resolver: no hay un sector económico igual a otro, ni una fábrica igual a otra, ni una tierra igual a otra, ni una especialidad laboral cualificada idéntica a otra, ni es el mismo el tiempo que un operario lleve trabajando en una empresa que el tiempo que lleve otro.

En el caso de la vivienda, de las pequeñas tiendas, de las cafeterías y talleres casi familiares, y otros negocios de escaso personal, la cuestión es menos compleja, pero no fácil: el derecho a la propiedad privada es muchas veces un usufructo vitalicio y con derecho a la transmisión hereditaria. Con paciencia infinita y con una complicadísima legislación que abarcara todos los aspectos de la privatización, se podría llegar a que la empresa privada o el propietario privado en régimen de usufructo o las empresas colectivas y las sociedades anónimas, alcanzasen las tres cuartas partes de los bienes del país.

Por libre empresa privada, y así lo ha legislado el Soviet Supremo, se entiende tanto la individual como la colectiva. Y podría actuar como una empresa libre la que fuese propiedad del Estado, siempre que actuase según las leyes del mercado.

Como señala Igor Kliamkin, se da la paradoja de que cuando el Gobierno soviético decía que la propiedad era del pueblo, de todos los ciudadanos, éstos no trabajasen más y mejor para ser más ricos todos y cada uno de ellos: de poco servían los incentivos morales y las distinciones tales como "obrero ejemplar" o "héroe del trabajo", porque la gente descubrió que lo que pertenecía a todos, en realidad no pertenecía a nadie, y que los únicos beneficiados eran los burócratas, los miembros del Partido y en especial la llamada "nomenklatura".

¿Quién que haya estado algún tiempo en la URSS no ha notado la desesperante lentitud de camareros, de operarios arreglando una ducha o una persiana? Si los incentivos hubieran sido materiales —más trabajo bien hecho y rápido, más remuneración— el ritmo de los trabajadores hubiese sido otro.

En la agricultura resultó aún peor: no es cierto que el campesino ame reaccionariamente la propiedad privada de la tierra, pero sí ama sus productos, pues la tierra puede no ser del trabajador, sino que la tenga en arriendo o en aparcería. Ocurre que la relación entre el tornillo y el obrero, que lo debe enroscar en una cadena de montaje, no tiene nada que ver con la relación entre un campesino con sus tomates o sus melocotones, pues esta última es casi paterno-filial, relación que se pierde trabajando con muchos otros campesinos en un "suvjós" e incluso en un "koljós". ●

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO, escritor